

ANDRÉS GALLARDO:

The Standardization of American English.

Editorial de la Universidad de Concepción, 1984, 197 páginas.

¿Un libro en inglés impreso en Chile, país de reconocida inexperiencia editorial en materia de lenguas extranjeras? Más aun, ¿un libro acerca del idioma inglés, la mejor descrita de las lenguas modernas, escrito por un estudioso chileno que trabaja en Chile? La lectura se inicia en medio de reservas nada de triviales.

El primero de los temores pronto se ve confirmado porque, a pesar del muy buen formato y agradable presentación, algunos errores tipográficos se han deslizado aquí y allá. Pero las fallas técnicas son una objeción de poca monta, porque el segundo temor resulta ser infundado: Andrés Gallardo ha escrito un libro muy interesante. Al desarrollar un tema aparentemente limitado se las ha arreglado para indagar en las relaciones existentes entre un fenómeno sociolingüístico y facetas culturales más amplias.

El punto de partida es el concepto de lengua estándar. Este debe distinguirse de la idea de uniformidad o rigidez: las lenguas estándar sirven "las necesidades extremadamente diversificadas de sociedades grandes y complejas" y "deben tener la flexibilidad suficiente para funcionar en las redes comunicativas (a veces contradictorias) que se encuentran en estos tipos de sociedades". Además, deben ser sensibles a las enormes cantidades de nueva información que se genera diariamente en las comunidades modernas (Gallardo, p. 8)¹. El léxico es no solamente extenso y complejo sino que cubre una gran variedad de campos, como respuesta a los intereses enormemente variados de los miembros de la comunidad. Aunque el vocabulario de sociedades preindustriales puede ser muy rico en ciertos dominios (recordemos a los esquimales y a su clasificación de los tipos de nieve), el léxico estandarizado cubre un rango varias veces mayor y sirve a una variedad más amplia de intereses. De este modo se hacen posibles las "afirmaciones precisas, rigurosas y abstractas, capaces de expresar la continuidad y complejidad del pensamiento", en las palabras de un lingüista de Praga citado por Gallardo.

Después de un detallado análisis de las propiedades de la lengua estándar queda libre el camino para discutir el inglés norteamericano. La primera observación es que el proceso de estandarización en Estados Unidos tuvo desde muy temprano una tendencia hacia modelos de corrección tecnológicos y no literarios, una percepción del *idioma como un poderoso instrumento*. He aquí una bien fundada generalización sobre diferencias culturales puesto que en la mayoría del mundo hispánico prevalece una actitud del *idioma como tesoro nacional*, lo que conduce a la exaltación de los modelos literarios de excelencia, como Andrés Gallardo hace notar con prontitud (p. 49)². Habiendo establecido de este modo el trasfondo socio-lingüístico de su tema, el autor pasa a estudiar la carrera de Noah Webster, el lexicógrafo norteamericano.

¿Cuán confiables son los diccionarios como reflejo de cambios y actitudes lingüísticas? Bastante, según se desprende del libro comentado. Los diccionarios producidos en una comunidad reflejan el

¹La traducción de las citas del libro comentado es de mi propia responsabilidad.

²Esta exaltación de modelos tecnológicos es una manifestación más de la influencia generalizada de la ciencia en los países de habla inglesa. Ni la literatura está libre de ella. Esto ha sido ampliamente estudiado en el ensayo y la narrativa (c.f. Herbert L. Sussman, *Victorians and the Machine*, Harvard University Press, 1968). Menos conocidas son las imágenes científicas y tecnológicas en la poesía de habla inglesa, desde Andrew Marvell hasta Thomas Hardy. Algún día espero documentar esta diferencia cultural no trivial con la debida profundidad. Por de pronto, la afirmación de Andrés Gallardo tiene el indudable valor de presentar evidencia lingüística para un fenómeno que está presente en toda una sociedad.

grado de estandarización y el origen de los modelos usados. Los diccionarios monolingües son muy decisivos al respecto ya que ellos señalan inequívocamente que el idioma está en una etapa avanzada de estandarización. Claro que los diccionarios por sí solos no pueden efectuar todo el proceso; son más bien consecuencia que causa. Pero tienden a reforzar el proceso al actuar como repositorio de modelos y actitudes (p. 107). Todo ello viene a justificar el interés por Webster.

Ya en sus pronunciamientos más tempranos (alrededor de 1787), Webster destaca los modelos de buen uso basados en la comunicación técnica y comercial más bien que en la elegancia literaria. El escritor modelo ya no es el caballero letrado sino el experto eficiente (p. 74). Con el pretexto nacionalista y separatista de una Inglaterra tiránica, clasista y decadente, Webster se sintió justificado para ignorar la herencia literaria y exaltar la lengua del hombre de negocios, del técnico, del propietario independiente. El diccionario pasó a ser la herramienta para difundir esta nueva visión. De este modo y en un momento histórico crucial, Webster se puso a la vanguardia de la estandarización del inglés norteamericano, alejándose "de los modelos humanísticos basados en la literatura", y centrándose en el buen decir ejemplificado por las nacientes clases propietarias y tecnocráticas (pp. 100-1).

El primer diccionario publicado por Webster (1806) desde el título lleva el sello de la nueva orientación tecnicista: *A Compendious Dictionary of the English Language ... for the benefit of the Merchant, the Student, and the Traveller*³. La propiedad más sobresaliente fue la ausencia de citas literarias y de acepciones poéticas. Este mismo enfoque culminó veintidós años más tarde en el monumental *American Dictionary of the English Language*, el cual acentuó las diferencias entre los dos dialectos del inglés, además de ceñirse a los principios ya mencionados. Tal fue el impacto de Webster que la respuesta inglesa no se hizo esperar. En 1850, John Ogilvie puso en circulación su *Imperial Dictionary, English, Technological and Scientific, Adapted to the Present State of the Literature, Science and Art, on the Basis of Webster's English Dictionary*. Desde el copioso título se ve que esta obra es parte respuesta, parte tributo a Webster: al mismo tiempo que se afirma la identidad del inglés británico, la inclusión de la ciencia y la tecnología indica inequívocamente que las teorías del lexicógrafo norteamericano no habían pasado inadvertidas⁴. De esta época datan los principios de selección que han dado a los diccionarios de habla inglesa su carácter distintivo: la inclusión de vocablos técnicos sobre leyes, medicina, industria, navegación, etc. Que este léxico hiciera su aparición tan temprano en la evolución del diccionario norteamericano habla muy claro de la importancia que ya se atribuía a la tecnología:

"La presentación de vocabularios técnicos fue una de las preocupaciones centrales de Webster desde el *Compendious Dictionary* de 1806. Para Webster un diccionario que no lograra presentar una versión actualizada y exacta del léxico de las disciplinas técnicas era simplemente un mal diccionario, aun si presentara toda la herencia literaria" (p. 126).

Pocos ejemplos más elocuentes ofrece Andrés Gallardo que el contraste entre las definiciones de "luna" según el lexicógrafo inglés y según Webster. Para el primero, la definición es inseparable de sus asociaciones clásicas y de su uso literario, especialmente en la lírica. El complemento lógico son las citas

³Es en este diccionario que Webster profetiza, con cierta exactitud, que "dentro de ciento treinta años", el inglés norteamericano será hablado por "más gente que ningún otro idioma en el globo". Es cierto que en términos absolutos el inglés aún está a respetable distancia del chino, respecto al número de hablantes nativos, pero ha alcanzado la curiosa distinción de ser la lengua cuyo número de hablantes no-nativos iguala (si es que no supera) al número de hablantes nativos. Andrew Conrad y Joshua Fishman estiman que estos últimos son aproximadamente 300 millones, al paso que un cálculo muy conservador da otros 300 millones para los usuarios no-nativos (J.A. Fishman, R.L. Cooper y A.W. Conrad (eds.), *The Spread of English*, Newbury House, 1977, p. 57).

⁴Incidentalmente, Andrés Gallardo hace notar la distancia entre lexicógrafos y científicos británicos, la cual habría terminado recién el siglo pasado. Pero la brecha entre estos últimos y los literatos nunca fue tan profunda como fue y sigue siendo en el mundo de habla hispánica. Muy poco después de la fundación de la Royal Society (1662), la principal sociedad científica inglesa, el poeta John Dryden pasó a integrar el comité para mejorar el idioma. En su juventud, John Milton visitó a Galileo en Italia; más tarde en *Paradise Lost* celebró a la luna, "whose Orb/ Through Optic Glass the Tuscan Artist views...", y se burló de la doctrina ptolomeica. El hombre de letras Samuel Pepys fue presidente de la Royal Society por muchos años, aparte de haber sido secretario del Almirantazgo.

poéticas de Shakespeare y Dryden. Nada de ello es válido para Webster: solamente los elementos cuantificables (distancia, órbita, período, etc.), tienen valor definitorio. La tradición poética no tiene sentido: la palabra "luna" es definible solamente en términos científicos. En el veredicto de Andrés Gallardo, el enfoque de Webster terminó por imponerse definitivamente a aquellos lexicógrafos que veían en el diccionario una expresión del tesoro de la lengua. Así se establece la clara diferencia entre los diccionarios de habla inglesa y sus equivalentes castellanos con su función de "preservar y presentar la dimensión del léxico" y su resistencia a incluir palabras nuevas que no estén suficientemente arraigadas en la tradición literaria (p. 151). Y los diferentes enfoques lexicográficos vienen a explicar por qué los grandes poetas, narradores y ensayistas brillan por su ausencia en los cuerpos editoriales de los diccionarios norteamericanos.

La presente reseña ha destacado los aspectos más relevantes de *The Standardization of American English*, aun a riesgo de haber incurrido en una cierta selectividad. Se trata de un trabajo de evidente interés tanto para el lingüista como para el estudioso de la cultura. Queda claro (por lo menos para el que escribe) que la orientación impuesta por Webster refleja la valoración que toda una sociedad atribuyó desde el comienzo a la ciencia y la técnica. Es posible especular que la actitud opuesta de la lexicografía castellana revela una equivalente indiferencia hacia aquéllas: ¿estará aquí parte de los factores que explican el diferente desarrollo económico de ambas culturas? Eximamos al profesor Gallardo de toda responsabilidad intelectual por esta interrogante, pero admitamos que sus datos son importantes para plantearla. A pesar de las fallas técnicas mencionadas, la Editorial de la Universidad de Concepción ha prestado un buen servicio al publicar este libro. ¿Sería mucho pedirle a Andrés Gallardo que presentara (y continuara, si es posible) sus investigaciones en forma más accesible al público que no lee inglés?

GUILLERMO LATORRE

Pontificia Universidad Católica de Chile